

## RACONTOS

SERGIO VODANOVIC

## La vida comenzó por los tobillos

Recuerdo perfectamente el momento, en mi niñez, en que comenzó a flaquear la clara división que tenía entre el bien y el mal. Fue estudiando historia de Chile en el texto de Frías Valenzuela. Ahí se narraba, no me acuerdo a santo de qué, que durante la Colonia un obispo santiaguino había excomulgado a las damas que iban a misa con unos vestidos cortos que dejaban ver los tobillos. Quedé confuso. ¿Cómo era posible -me pregunté- que esas descocadas señoras que osaron exhibir los tobillos en el templo estén quemándose en las llamas del infierno y no sea ese el destino para todas esas pías mujeres que yo veía domingo a domingo en misa recibiendo la comunión y que mostraban no sólo los tobillos, sino las pantorrillas?

Fui donde mi director espiritual para que me diera respuesta. El buen sacerdote me explicó, entonces, que esas damas habían pecado porque en esa época exhibir el tobillo era escandaloso y que ahora ya no lo era. "Entonces, padre -repliqué-, lo que usted quiere decirme es que hubo un momento que se pecó tanto hasta que el pecado dejó de serlo?".

Mi director espiritual no tuvo respuesta a esto, lo que significó que yo lo desahuciara y prescindiera, desde entonces, de dirección espiritual.

A lo largo de mi vida, he podido observar cómo en materia moral se han produci-

do profundos cambios que hacen que hoy sea socialmente aceptable lo que ayer no se aceptaba ni permitía. Podríamos dar varios ejemplos.

Uno es el del desnudo. Exhibir el cuerpo era una expresión de máxima inmoralidad. Mujeres disolutas lo hacían en cabarets o en teatros de revistas situados en los extramuros de la ciudad. Hoy esos teatros han desaparecido y ello no ha sucedido por una racha de moralidad, sino porque la exhibición que allí se hacía ahora es posible encontrarla en las playas, piscinas, desfiles de moda, o en la televisión. ¿Para qué alguien iría solamente al

Burlesque o Humoresque, si lo que allí vería es pan de cada día en otros lados?

Hasta no hace poco el homosexualismo era, para la gran mayoría, un vicio deleznable. Quienes tenían esa condición debían permanecer ocultos. Hoy, un abierto movimiento de homosexuales lucha a cara descubierta por su derecho a tener iguales oportunidades y a vivir su condición sin temores. A muchas figuras públicas se les reconoce su calidad de homosexuales sin detrimento para su posición. Y si aún en muchos sectores se advierte rechazo hacia ellos, el número de personas que los

acepta va creciendo. ¿Relajación de las costumbres o sana tolerancia?

Hoy día, aun en la prensa más conservadora se hace referencia a hombres y mujeres que viven juntos sin estar unidos por vínculos matrimoniales. Fulana es la pareja de Zutano, y lo que ayer era escandaloso ahora forma parte de la experiencia de numerosas familias, en que uno o más de sus miembros viven esta unión aceptada y de la que se hace referencia libremente.

El ser humano necesita vivir con normas éticas para orientar su vida y darle dignidad, pero cuando estas

normas cambian ¿cómo determinar cuáles son las permanentes y cuáles las transitorias?

Los tres ejemplos que hemos dado dicen relación con el sexo y me parece que ahí está la diferencia. Nos guste o no, es un hecho que el mundo y nuestra civilización han vivido una revolución sexual en el curso de la cual han ido cayendo falsos tabúes y se han ido liberando absurdos prejuicios.

Hay otros valores que permanecen inmutables y, así, ayer como hoy es inmoral hacer daño a los demás, daño físico, daño económico, daño moral.

Para aquellos que, como yo, se debaten en la incertidumbre de encontrar una clara demarcación entre lo que es bueno y es malo, prohibido o permisible, les doy la respuesta que un sacerdote jesuita me dio a mí al interrogarlo sobre la forma de hacer esta demarcación sin estar sujetos a la temporalidad.

"Todo lo que se hace con amor y por el amor es bueno y lícito -me dijo mi amigo jesuita- y lo que se hace sin amor y en contra de él, es malo y prohibido".

Esa fue para mí una buena respuesta, que satisfizo las inquietudes que incubaba desde que había leído en el libro de Frías Valenzuela lo de la excomulgación de las damas que mostraban los tobillos en el templo.

